

9 de abril, 2020

Queridas Hermanas, Asociadas, Consociadas, Ohana, y Familia de San José,

Al celebrar el Triduo este año, hemos recibido una oportunidad no deseado, pero aún privilegiado de participar en la experiencia de los discípulos. Semejante a ellos, estamos en crisis y no se puede imaginar lo que nos espera. Podemos apreciar su sentido de falta de control y a la vez preguntarnos qué es lo que estamos llamadas a ser.

¿Cómo es posible continuar la misión de unidad al practicar el ascetismo de no acercarnos físicamente una a la otra? Al no poder participar en la celebración sacramental de la Eucaristía, ¿cómo estamos invitadas a reconocer y celebrar la presencia real de Cristo Resucitado entre nosotras?

Quizá en la Escritura los mejores mentores hoy son las mujeres apostólicas quienes acompañaban a Jesús en el camino y permanecieron fieles desde su entrada a Jerusalén hasta la mañana de la resurrección. Aceptaron su invitación al discipulado, y aunque Jesús reconocía sus dones, la sociedad les negó el poder y categoría siempre deseados por sus hermanos. Al seguir a Jesús, ya habían arriesgado sus reputaciones. Siendo mujeres, eran poca cosa y podían acompañar a Jesús hasta la cruz porque parecían no amenazar a las autoridades. Dando testimonio en silencio, le ofrecieron todo lo que tenían: el don de presencia y solidaridad amorosa. Entonces prevalecieron con El sobre el poder de muerte y opresión.



Al perder la esperanza por la muerte de Jesús, aún optaron por dignificar su muerte. Mientras ellas hacían planes para su entierro, Jesús las encontró en el misterio de su presencia resucitada y les encargó la misión de proclamar cuan invencible es el amor de Dios.



HERMANAS DE SAN JOSE
DE CARONDELET

Semejante a María de Mágdala y sus compañeras, no podemos imaginar lo que sucederá después de este tiempo de trauma a nivel mundial. Igual a ellas, estamos invitada estar en solidaridad una con la otra y con todos los que sufren. Mientras sucedía esta divina ironía, y mientras las mujeres iban a ungir el cuerpo de Jesús, El se les presentó como el Cristo vivo, el ungido de Dios, y las envió.

Así como estas mujeres del Evangelio, que sepamos abrirnos a la bendición inesperada de la crisis de nuestro momento. Recemos a ellas, que al permanecer cerradas nuestras Iglesias y al no poder abrazarnos, podremos descubrir maneras nuevas y profundas de reconocer la presencia real del gran amor de Dios en nuestro mundo. Y recordemos que estamos llamadas a hacerlo juntas—para la vida del mundo.

En solidaridad amorosa,

Mary

Patty

Sally

Sean

Therese

EQUIPO DE LIDERAZGO CONGREGACIONAL